

TIERRA DE VIOLENCIA

Cuando el inclemente sol de medio día y el ruido ensordecedor de los trajinados camiones atascados de soldados reclutas que iban velozmente por aquella calle sucia, hacían del ambiente una rutina insoportable, el trapadachin del pueblo, un mulato de origen indio, robusto y bonachón, astuto como un zorro después de ambular toda la mañana por los campos ensombrecidos de frutales, iba de regreso a su humilde vivienda sobre la grupa de su burro jarocho; un asno peludo de cuerpo esquelético, orejón, tuerto y para colmo manco de una pata delantera. Cuando al pasar por el frente de una anticuada vivienda de techo de palma y paredes de cal desnudas; de esas casas que desafían la naturaleza colgando irresponsablemente de las laderas de los inmensos cerros, observó con preocupación que había amanecido, y que la casa estaba pintada rústicamente de colores rojizos anaranjados y con volantes irrespetuosos pegados a la pared e invitaban a los habitantes a reunirse a la revolución.

Mientras aspiraba con dificultad el aire contaminado por el humo turbulento que arrojaban los pesados camiones, recordó con ironía la noche en que unos sujetos prostituidos de pinta chévere a bordo de una potente máquina irrumpieron a la brava en su vivienda, hablándole maravillas de la guerrilla. De

inmediato se imaginó luciendo un implacable uniforme, teniendo bajo su mando a un pelotón de harapientos reclutas inexpertos a los que había hostigar para enseñarles a machetazos los secretos de la milicia.

Pero aquellos sueños fantásticos se fueron esfumando con la desagradable realidad. Aburrido de aquella armonía a la que querían mandar al carajo, iba a dispararle con su escopetón a un andrajoso perro que le salió al paso amenazándole, con blancos y saltones colmillos, con saltar sobre su montura, pero recordó con pesar que el pueblo estaba seriamente amenazado por facinerosos. Era tal el inminente peligro, que la autoridad mantenía a sus hombres alertados y acantonados ante la presencia subversiva, por eso no dejaban maltratar al escuadrón de perros callejeros que ambulaban sin control por las calles porque eran la alarma más efectiva.

Ese mismo día el único autobús que llega todas las tardes procedente de las veredas aledañas, había pasado raudo sin haber sido objeto de requisas por parte de los centinelas y como si llevara pasajeros comunes y corrientes, hizo salir de sus casa a las hembras malhabladas y chismosas. Por fuera el inclemente sol hacía mella la chusma por dentro dela automotor, el ambiente era tenso y sofocante por culpa de la pesada carga que arrastraban aquellos muchachos reclutas supervivientes de anteriores conflictos y que al mando de un impersonal comandante, eran obligados a la más vil experiencia: Matar.

Con el ánimo exaltado continuó su camino hasta apearse frente a un portal de una casa desvencijada de un mango florido donde un perro negro con otro blanco se disputaban arduamente el territorio, a pocas cuadras de allí un hombre vestido descuidadamente de militar ascendía rápidamente por un caminito de piedras torcido que conducía a la esbelta montaña, cargando sobre su espaldar un extravagante artesanal de artillería.

El rugir de los achacados motores, el alharaca de los perros, el chismorreo de algunas hembras guapetonas y el traquear de las recuas de burros ambulantes, era lo único que interrumpían la aparente calma ya que en todas partes los hombres tan enamoradizos como cobardes, hablaban a escondidas, con inquietud y en voz baja, sobre el terror que les causaba aquella violencia indiscriminada.

Desde allí, el mulato pudo observar sentado frente a una pequeña mesa de madera en un taburete de cuero recostado al palo de mango plantado en el patio, a su compadre de boca. Un tipo mal educado de cuerpo flacuchento, malgeniado, terco y mal hablado, limpiando con una pasmosa tranquilidad de escopetón de fabricación casera. A su lado colgaba un descolorido chinchorro y alrededor de un fogón de piedras apilonadas un pulgiento y sarnoso perro dormía placidamente la siesta, echado sobre un saco de fique, una recua de cerdos traviosos hociqueaban y mas allá del descuidado patio unas obesas gallinas picoteaban sin descanso la tierra, tratando de atrapar infructuosamente

los insectos que salían de una playita de arena adornada irónicamente, por escobillares y flores silvestres muy venenosas, y en donde reposaba una deteriorada cruz en memoria de un guerrero de la revolución con identidad escondida.

A poco irrumpió rápidamente un enjambre de hombres subversivos, quienes sin mediar palabra alguna, a garrotazo limpio lo sacaron arrastrando hasta un patio contiguo, lo atacaron fuertemente de las manos y a regañadientes lo arrojaron a un arroyo donde lo ajusticiaron.

Con ganas de vomitar ante aquella horrorosa escena, temblando por completo a causa del pánico que le producía la idea de ser descubierto por los vicarios, el mulato tomando toda clase de precaución, rápidamente abandonó su escondite, marchando hacia el establecimiento de bebidas alcohólicas ubicado en toda la esquina de la cuadra. Aunque aparentemente permanecía cerrado por orden de un inspector puritano e insurreccional, a escondidas abría sus puertas a la poca clientela y apenas el mulato hubo entrado se topó con un borrachín testarudo que cada vez que pasaba alguna copera por su lado le agarraba arbitrariamente las nalgas inmensas, embutidas en faldas apretadas, dejando escapar por su dentadura incompleta una sombra y desagradable de carcajada.

Luego de liarse a las trompadas con el administrador, al que despachó fríamente de varias cuchillas, el borrachín se vomitó sobre la hermosa cabellera

de una estupefacta rabia sentada atrevidamente sobre las piernas flacas y desnudas de un anciano morisquetero; y sin inmutarse le agarró los teteros grandotes que parecían de vaca holstein antes de ordeño. La muchacha airada y ofendida descargó una descomunal bofetada que le hizo caer de bruces sobre un arrume de botellas, los ojos del bravucón desaparecieron bajo los enormes hematomas, y su cara rápidamente se fue impregnando de un color rojido, que brotaba copiosamente de las profundas heridas. De pronto apareció el inspector, quien extrajo su arma, disparando a quemarropa contra la indefensa mujer y bajo mirada atónita de los incrédulos clientes, el homicida atrapó al borrachín por la chaqueta, arrastrándolo tranquilamente hacia la calle donde era esperado por un camión perrero custodiado por un grupo de reclutas. Al poco tiempo el implacable conductor hundió con violencia el pedal del embrague y el automotor sale a toda marcha por aquella calle tortuosa, era tal la prisa por huir rápidamente del lugar que el irresponsable conductor no se percató del niño que jugaba tranquilamente con su perrito bajo la sombra de un robusto árbol frutal plantado frente a su hogar, arrojándolo violentamente con sus llantas traseras.

Al escuchar el chirriar busco de las ruedas y el impacto estruendoso, el mulato salió en veloz carrera hacia la calle, donde horrorizado observó con tristeza el cadáver del muchachito tirado sobre el vil suelo apretando firmemente en sus delicada manitos a su cachorrito contra su ensangrado pecho. Arrodillando, acariciando tiernamente aquel rostro infantil, el mulato trató infructuosamente de cerrar aquellos ojitos chispeantes; y ya resignado pensó que seguramente

ese angelito, cuando jugueteaba con su perro, la muerte se le presentó vestida de carnaval su cara tenía la inocencia de una adolescente y su cuerpo los contornos de una seductora mujer madura, ella sonrió y ella sucumbió a su encanto, se enamoraron juntos marcharon hacia un lejano y hermoso paraíso donde nunca existe el hambre, la guerra ni la maldad. Posteriormente pasaron por su atormentada cabeza, todas las escenas de sangrientas contiendas diciéndose a media voz: -- Cuando la violencia estúpida reina todo termina en desgracia y él había asumido la personalidad no dañada psicológicamente por los resultados de aquella lucha sin tregua que tenía forma de una mojiganga criolla; pero aquellos sucesos atroces le hicieron reflexionar y tomar una rápida determinación eficaz.

Esa misma noche caletera, bajo el torrente de agua y granizos caídos atutiplen del cielo oscurecido, el mulato disfrazado de soldado logró burlar la férrea vigilancia de los centinelas de turno hasta ubicarse a poca distancia del edificio donde funcionaba la oficina del inspector.

El sitio estaba custodiado por un centenar de hombres armados con artillería pesada y al poco tiempo de estar el mulato escudriñando desde su escondite todos los movimientos de los guardias, apreció del otro lado del camino el camión que atropellara al angelito, velozmente sobre el camino tortuoso y anegadizo.

El mulato apuntó cuidadosamente su escopetón hacia la cabeza del culpable conductor y sin que el pulso le temblara, disparó la ráfaga. Su tiro fue errático, pero el conductor cogido por sorpresa perdió la estabilidad del automotor yendo a estrellarse en una forma aparatosa contra el edificio.

El vehículo explotó a causa del impacto, y rápidamente largas leguas de fuego fueron consumiéndolo y extendiéndose por las rústicas paredes del monstruo de concreto. Maravillado y satisfecho de su venganza, el mulato arrojó su arma a un abismo y rezando por aquellas almas de espíritus desdeñosos que habían acabado trágicamente con la firme idea de no pisar jamás aquella tierra donde para no salir en hombros metidos en un ataúd camino al cementerio, la gente tenía que llevar una vida intrincada de hazañas y pericias.

FIN